

glan también.... Por lo que á mí hace, retrocedo cuanto es posible, aunque estimando que tendremos tantas más probabilidades de éxito cuanto más cerca se halle el punto de partida, de apoyo y de retirada de nuestras columnas.» Cada noche dos mil trabajadores por lo menos, y algunas veces tres mil, extienden la red de los aproches; el 25 de octubre queda concluída la primera paralela en la extensión de más de un kilómetro, y la segunda no dista más que trescientos sesenta metros del baluarte del Mástil para el ataque de los franceses. La primera paralela de los ingleses llega á mil doscientos metros del Gran Redan, y la segunda se halla á novecientos de la saliente de este baluarte. Se acerca la hora en que el ejército inglés deberá, no ya atacar, sino defenderse.

XXVIII

BALACLAVA

Los rusos seguían ocupando, además de Sebastopol, una parte considerable de la Crimea. Su ejército auxiliar, apostado en los repliegues del Belbeck y en los bosques de la meseta del Norte, recibía refuerzos incesantes, y abrigaba la esperanza de arrollar á los sitiadores, rechazándolos hasta el mar.

El puerto de Balaclava, situado en la extremidad meridional de Crimea, era la base de operaciones de los ingleses. Este puerto no tenía más guarnición que unos mil marinos, pero delante de la plaza extendíase un campamento atrincherado capaz de contener un ejército tres veces más numeroso que el de los ingleses. Se había confiado á unos mil soldados turcos la guardia de los puestos avanzados, que á cuatro kilómetros al Norte de la ciudad, sobre una serie de eminencias y á intervalos muy espaciados, consistían en cinco reductos que desde el pie del monte Sapoune hasta el pueblo de Kamara separaban al Norte la llanura de Balaclava del valle del Tchernaiá.

El príncipe Menchikoff había observado que los ingleses no tenían fuerzas suficientes para defender sus posiciones, y en su consecuencia forma un cuerpo de ejército de veintiún mil setecientos hombres, que en la mañana del 25 de octubre de 1854 cae sobre las líneas inglesas. Los turcos, no pudiendo resistir, abandonan los cinco reductos, y el enemigo desemboca en la llanura de Balaclava, desde donde lanza hacia Kadikof una brigada de húsares y de cosacos. El 93.º de *highlanders* (montañeses) los esperaba. «Entonces se vió, ha escrito M. Camilo Rousset, lo que puede una infantería sólida, tan sólo por la firmeza de su actitud. Desplegados en orden de batalla, inmóviles y con el arma al pie, los escoceses parecían indiferentes á la avalancha que avanzaba ruidosamente hacia ellos; pero cuando estuvo á treinta pasos, los oficiales mandaron preparar las armas. Tan sólo á la vista de aquel primer tiempo ejecutado con tanta sangre fría, tan sólo al aspecto de los fusiles, levantados, pero sin apuntar aún, los rusos cambiaron súbitamente de movimiento; los caballos, detenidos en su impulso, se encabitaron, y las filas se confundieron.» En aquel instante la brigada inglesa de caballería de línea - brigada Scarlett, formada por los *scott grey* y los dragones - se pone en movimiento para ir en auxilio de los *highlanders*, y al mando de tres oficiales intrépidos, que dirigían la carga, penetra como una

cuña en medio de la caballería de los rusos. Esta, revuelta un instante, acaba por volver grupas y parte al galope para ir á reformarse detrás del reducto del centro, bajo la protección de su artillería y de su infantería. Aquella retirada de la caballería rusa era un verdadero triunfo para los ingleses; pero desgraciadamente su brigada de caballería ligera — la de lord Cardigan, — escalonada demasiado atrás, no pudo llegar á tiempo para completar esta victoria, con lo cual hubiera evitado tal vez el desastre que la esperaba.

Los rusos parecían tanto menos dispuestos á tomar de nuevo la ofensiva cuanto que se enviaban refuerzos á sus adversarios, y la jornada parecía haber terminado.

Desde lo alto de una meseta que domina la llanura de Balaclava, el general en jefe de las tropas inglesas, lord Raglan, ha observado todas las peripecias de la lucha, y hacia el mediodía, con ayuda de su antejo, ve que los rusos se llevan algunos cañones cogidos en los reductos turcos. Entonces llama á un ayudante de campo, el capitán Nolan, y le encarga llevar inmediatamente á lord Lacan, jefe de la caballería inglesa, una orden que será fatal:

«Lord Raglan desea que la caballería inglesa se dirija con toda rapidez al frente y procure impedir que el enemigo se lleve los cañones. Puede ir con alguna fuerza de artillería montada. La caballería francesa está á la izquierda. Hágase al punto.» Lord Raglan ha creído que los rusos continúan la retirada, y que sólo se tratará de perseguir á fugitivos; pero se engaña completamente y sucederá todo lo contrario. En el momento en que el capitán Nolan, acercándose al jefe de la caballería inglesa, le entrega la desacertada orden de lord Raglan, los rusos han dejado de retirarse y acaban de tomar excelentes posiciones. Su infantería y artillería divisionaria ocupan las eminencias y las pendientes meridionales de los montes Fediukhine; las reservas se hallan en el fondo de esta especie de embudo, y en el centro la caballería y la artillería han recobrado su buen orden. ¿Cómo lanzar contra semejantes masas y tales posiciones una simple brigada de caballería ligera? Esto parece una insensatez, y sin embargo así se hará. Lord Lacan, estupefacto, lee y relee la orden, sin poder explicársela, y se pregunta si su conciencia le permite enviar á los hombres á una muerte segura sin la menor probabilidad de éxito; pero la orden es formal, y el capitán Nolan insiste con violencia para que la ejecución sea inmediata. Lord Lacan llama entonces al jefe de la brigada de caballería ligera, lord Cardigan, y le da la orden de cargar. Lord Cardigan, que es la intrepidez misma, vacila un instante, no por él, sino por sus soldados, y cree de su deber hacer las observaciones que el buen sentido indica; pero la orden es terminante. Los clarines resuenan, y el heroico jefe se precipita á la cabeza de su brigada, gritando: «¡Adelante el último Cardigan!» El portador de la orden, capitán Nolan, galopa á su derecha.

Situados en las alturas, miles de franceses ven á lo lejos aquella loca cabalgada, aquella maniobra incomprensible, y al punto gritan, como si los soldados de lord Cardigan pudieran oírles: «¡Deteneos; eso es insensato!» Sin embargo,

los jinetes continúan intrépidos su terrible y sangrienta carrera y penetran bajo los fuegos cruzados del enemigo como si cayeran en un abismo. Pero las fuerzas humanas tienen sus límites. ¿Qué puede una brigada contra un ejército? Aquella intrépida brigada choca contra la infantería, la caballería y la artillería rusas. Avanzar más aún es de todo punto imposible; se hace forzoso emprender la re-

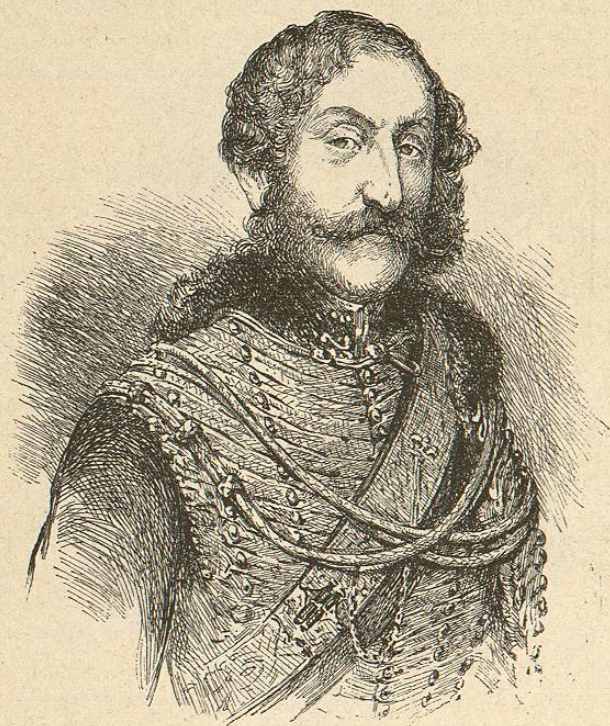


Lord Raglan

tirada; pero cuanto más lejos se ha ido, más difícil es volver. En aquel momento es cuando dos escuadrones del 4.º de cazadores de Africa, al mando del general Allonville, van en auxilio de los jinetes de lord Cardigan. Forzando la línea de los tiradores, pasan por detrás de la batería rusa situada en los montes Fediukhine, y atraen sobre sí el fuego dirigido contra los ingleses por los batallones formados en cuadro. La brigada Scarlett — aquella brigada inglesa de caballería de línea que tanto se ha distinguido en el combate de la mañana, y que estaba de reserva en el momento de comenzar la carga de la brigada Cardigan — se pone entonces en movimiento para que aquél pueda reunir los pocos jinetes que han escapado de la muerte. De los setecientos caballos que dieron la carga,

quinientos yacen tendidos en el campo de batalla, y lord Cardigan ha salvado la vida como por milagro.

La carga de Balaclava se recordará como un hecho legendario; es una de las hazañas más inútiles, pero también de las más caballerescas de la historia militar. Siempre será imposible comprenderla, y el heroísmo con que se dirigió



Lord Cardigan

no podría excusarla desde el punto de vista técnico de las reglas de la guerra. Pero los ingleses demostraron tanta audacia y valentía, que aquel holocausto se considera como una de las glorias de la guerra de Crimea. En Londres fué asunto de las más animadas discusiones en los círculos, en los diarios y en el Parlamento; y la orden de lord Raglan, así como la prontitud con que lord Lucan la puso en ejecución, dieron lugar á las apreciaciones más contradictorias; pero, en resumen, Inglaterra se enorgulleció con justa razón del heroísmo de sus hijos.

Se ha dado el nombre de batalla de Balaclava á los combates parciales que acabamos de relatar, y la carga de lord Cardigan, á la vez gloriosa y funesta, se

recuerda como su más célebre episodio. En definitiva, aquella jornada del 25 de octubre no había sido mala para los rusos. La ofensiva que habían tomado produjo buen efecto en la moral de sus tropas, que situándose en el valle del Tchernaiá y en la llanura de Balaclava, disponíanse para atacar de nuevo á los sitiadores, imaginándose que se acercaba la hora en que podrían vengar la derrota de Alma.